

Festival de Cristo (Géminis) – Londres, Mayo de 2013

Entrando en la Mente Grupal en el Día Mundial de Invocación

Steve Nation

¡Bienvenidos a esta reunión que tiene como fin trabajar con el flujo de energía del Festival de la luna llena de Géminis, el tercero de los tres grandes Festivales espirituales, y conocido por varios nombres como el Festival del Cristo, el Festival de Buena Voluntad, el Festival de la Humanidad y como Día Mundial de Invocación.

Para empezar, centrémonos en una quietud exterior y en una serenidad interior. Como si cada uno de nosotros estuviera atravesando un portal, figurativamente podemos entrar en una mente grupal que está enfocada y concentrada en el bien de la totalidad. Una mente grupal es mayor que la suma de sus partes; es de un orden diferente, la suma de todas las mentes individuales de aquellos que se están vinculando en meditación en este momento.

Imagínense que entran en un amplio campo mental caracterizado por un amor al todo, generoso y abundante, sin preocupación por el yo; una mente grupal que ama todo, aprecia todo y se preocupa por el desarrollo evolutivo de todo lo que existe. Esta es la mente grupal que refleja y se posiciona en el aura de la mente que está en Cristo, que es sensible a las necesidades de la humanidad, tal como se las ve a la luz del alma, y que es sensible a las impresiones superiores.

Actualmente, en el mundo diferenciado de los relojes, estamos a poco menos de 11 horas del momento de la luna llena. Sin embargo, desde la perspectiva de la mente grupal, es más exacto pensar que estamos participando en un flujo rítmico de energías, en el cual la mente y el corazón de la humanidad están íntimamente ligados con la Mente Superior que está fuera del tiempo y del espacio.

Ahora, hagamos una pausa – entremos imaginativamente en el campo de la mente amorosa del grupo y demos un paso más allá de las formas mentales de la dualidad que nos hacen creer que los mundos del alma y de la personalidad encarnada están separados y divididos – y, con nuestra imaginación, ubiquémonos en la periferia del ashram. Después de un momento, digamos juntos La Gran Invocación, esta vez utilizando la versión adaptada como un símbolo de que nos encontramos con la humanidad como un todo cuando decimos esta palabra de poder. Cuando estamos entre esoteristas entrenados, con conocimiento de las enseñanzas, es correcto y apropiado que utilicemos principalmente la versión original de la Gran Invocación, comprendiendo que la palabra ‘hombres’ se refiere a todos los seres humanos; ésta es la versión que utilizaremos al finalizar la meditación. Sin embargo, como un símbolo de que permanecemos en solidaridad con la humanidad en su conjunto, es cierto que respetamos las nuevas formas de expresión que surgen en el mundo del pensamiento humano y respondemos al emergente principio femenino. Elegir cambiar la frase ‘la mente de los hombres’ por ‘mentes humanas’, y así sucesivamente, es una cosa muy simple de hacer; no obstante, afirma que aunque la dualidad de varón y hembra, necesariamente y con razón, sigue siendo una parte fundamental de lo que implica ser humano, el espíritu dominante de la energía masculina está menguando y cada vez se torna más suave ante el surgimiento de la energía femenina del corazón – a través de la historia, a través de la sustancia de nuestras vidas, está ocurriendo una nueva fusión–.

El cambio de 'Cristo' por 'Aquel que viene' afirma que el Uno que se espera, conocido por muchos como el Cristo, no es el Cristo de una determinada religión, sino el Cristo universal, el Cristo Anónimo esperado bajo diferentes nombres por las diferentes culturas y religiones.

Hoy se celebra el Día Mundial de Invocación. Entonces, mientras decimos juntos La Gran Invocación en su versión adaptada, podemos imaginarnos nuestro llamado al punto de Luz en la Mente de Dios, al punto de Amor en el Corazón de Dios y al centro donde la Voluntad de Dios es conocida, uniéndose a la súplica de muchas personas alrededor del mundo.

Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,
que afluya luz a las mentes humanas.
Que la Luz descienda a la Tierra.

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,
que afluya amor a los corazones humanos.
Que Aquel que viene retorne a la Tierra.

Desde el centro donde la Voluntad de Dios es conocida,
que el propósito guíe a las mentes humanas
— el propósito que los Maestros conocen y sirven.

Desde el centro que llamamos la raza humana,
que se realice el Plan de Amor y de Luz,
y selle la puerta donde se halla el mal.

Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan en la Tierra.

Hay una historia, o un mito si quieren llamarlo así, de unos rituales que tienen lugar cada año, en algún lugar de una secreta región escondida en Asia Central, durante el período de la luna llena de Géminis. El Cristo, el radiante Cristo viviente, se encuentra con un grupo de Seres de Luz, y no con seres de otros planetas; esta asamblea está conformada por la Comunión de los Santos y Sabios honrados por todas las religiones y tradiciones espirituales, los Antepasados, Rishis y Arhats. Dice la historia que los Santos permanecen reunidos, sumamente concentrados y absortos en el Trabajo implicado en la transformación de la humanidad y la Restauración de los Misterios.

El aura del pensamiento y ser del Cristo y la Comunión de los Santos y Rishis está saturada con la esencia de una bendición que el Buda entregó hace un mes, durante el Festival de Wesak. Para nosotros, en nuestra humanidad, esta bendición es de una potencia que está más allá de nuestra comprensión. Sin embargo, una forma de imaginarla, es pensar en la forma en que esta bendición, cuando se libera, afecta al pensamiento humano. No hay que ser demasiado dramáticos sobre esto — quizás el impacto no sea claramente mensurable o evidente; puede ser un efecto sutil e invisible. Imaginen si la bendición, cuando se libera en el clima del pensamiento humano, tuviera como efecto la disipación de los velos de la ilusión que nos hacen pensar desde la perspectiva de la separación. Imaginen cómo una bendición así podría dispersar sutilmente algunos de los velos emocionales que llevan a la humanidad encarnada a experimentar la vida a través de las sensibilidades distorsionadas, los miedos y las preocupaciones. Imaginen esta bendición del Buda como si se tratara de un potente

remedio curativo, especialmente diseñado para responder a las necesidades humanas en este momento.

La historia nos dice que el poder liberado por el Buda es custodiado por el Cristo, el Instructor Mundial, Aquel que viene, durante un mes. Entonces podemos imaginar que durante el intervalo entre Tauro y Géminis, la atmósfera de la región de Asia Central, donde se dice que ocurren estos eventos, está saturada con la esencia de la bendición del Buda.

Y, ahora, un mes después de que se recibió la bendición, esta potencia está a punto de ser liberada en la comunidad humana, en toda la comunidad humana, por el Cristo en el momento de la luna llena. Las oleadas de energía curativa se precipitarán a través de los cuerpos etéricos colectivos de los grupos étnicos, de las naciones y de toda la humanidad. Estas oleadas traerán algún elemento de liberación del separatismo y el egoísmo que aprisionan al pensamiento humano. Imaginen esa bendición trayendo oportunidades de cooperación con el desarrollo, para que las acciones construyan una relación correcta con el mundo natural, y para que la buena voluntad se exprese en las profesiones, la política, las artes y las ciencias.

Se dice que en los tiempos modernos, desde 1946, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la liberación anual de la bendición del Buda, que el Cristo hace, va acompañada de tres ceremonias distintas, que se llevan a cabo durante tres días – presumiblemente el día antes de la luna llena, el día de la luna llena y al día siguiente.

La historia dice que en cada uno de los tres días, el Cristo pronuncia los sonidos esenciales de lo que hoy conocemos como La Gran Invocación – se nos dice que primero la pronuncia solo, y podemos imaginar estos sonidos resonando a través de la asamblea de los Grandes Seres reunidos en un valle secreto, oculto en algún lugar de Asia Central. Imaginen, por un momento, la cualidad de la escucha concentrada de la Jerarquía; imaginen los sonidos penetrando los éteres por todo el valle. Se dice que después de que el Cristo ha pronunciado la Invocación, la Jerarquía reunida repite el mantram. Podemos imaginar el canto rítmico del grupo resonando en todo el valle.

Se dice que cada uno de los tres días de ceremonias tiene una nota clave particular. Hoy, el primer día del ciclo, la nota de Amor, en su sentido jerárquico, resuena a través de los éteres. Esto es diferente de lo que consideramos como amor humano; es el amor libre de sentimiento, emoción y énfasis personal, el amor que trabaja por el bien del todo y no por los intereses de cualquier grupo o individuo. Nuestra alma ama de esta manera jerárquica, y como resultado, a nuestra pequeña manera, podemos comprender ese amor sin límites – y, de hecho, como grupo de meditación, tenemos una facilidad natural de pensar desde esta perspectiva – amar el todo, porque nos importa el bienestar de toda la humanidad y de toda la vida planetaria.

En el segundo día de este ciclo de tres días de ceremonia, el día de la luna llena, mañana, a través del aura del pensamiento de la Jerarquía, emana la nota de Resurrección. La Resurrección enfatiza la vivencia, el Cristo viviente y la “vida más abundante”. Luego, en el tercer día del ciclo, el domingo, la nota clave es la de Contacto, de una relación más estrecha entre el Cristo y Su pueblo, entre la Jerarquía y la humanidad.

Por un momento, en el día de la luna llena hay una sincronía entre ese tiempo que se mide por los relojes y el tiempo profundo que se mide por la coincidencia de los ciclos, los ritmos y los flujos de

energía en los niveles sutiles. Se nos dice que en ese momento sagrado, el sonido ceremonial de La Gran Invocación, primero pronunciada por el Cristo y luego por los Rishis y Santos reunidos, es precedido por un antiguo ritual.

Se dice que en el momento exacto de la luna llena, el Cristo bendice al mundo, liberando la bendición que había dado el Buda. Luego repite las últimas palabras o sermón del Buda, seguido de las ocho Bienaventuranzas de Jesús.

Las palabras de las Bienaventuranzas, registradas por Mateo en el Sermón de la Montaña, pueden considerarse como traducciones aproximadas de las palabras reales. DK nos dice que las traducciones en el *Nuevo Testamento* son inadecuadas y engañosas. Sin embargo, aún así, las palabras que tenemos llevan nuestra atención a las cualidades de la simplicidad y la transparencia que se encuentran en la comunidad humana – una simplicidad que la mente sofisticada fácilmente puede dejar de notar—. Las Bienaventuranzas hablan de las cualidades humanas naturales que se encuentran en todas las comunidades cuando la personalidad se conduce con una medida de humildad ante la riqueza del alma. Nos recuerdan la simplicidad evidente de la buena voluntad, y de cuán increíblemente importante es esta cualidad en la vida de cualquier comunidad. Las Bienaventuranzas nos enseñan a ser humanos, naturalmente y sin poses, lo cual refleja algo del sonido puro del alma. No son un conjunto de creencias o doctrinas – en realidad, son lo contrario de esto—. Así como el Buda, en su último sermón, recomendó a sus discípulos aferrarse a la verdad y ser una lámpara para sí mismos – las Bienaventuranzas hablan de una personalidad que acepta su estado incompleto mientras se acerca al reino de los cielos que se encuentra en lo interno. Las Bienaventuranzas nos recomiendan mirar a la humanidad con ojos frescos, libres de las expectativas de cómo podría ser una humanidad espiritualizada.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Géminis es un signo de la dualidad. Desde una perspectiva superior, la dualidad es una ilusión, es una manera arraigada de pensar, una parte heredada de nuestra identidad humana que nos lleva a pensar que el alma y la personalidad son mundos fundamentalmente separados. También es lo que nos hace pensar que los aspectos de nuestra red de relaciones no están conectados con el alma; por ejemplo, nuestras relaciones con la familia, nuestras relaciones con nuestra comunidad o la manera en que vivimos nuestra vida económica, política y cultural. El alma está inmersa en la conciencia del grupo y en la conciencia de la realización del Plan. Como personalidades tendemos a estar inmersos en nuestras vidas separadas.

La potencia energética de la dualidad de Géminis, proporciona las condiciones astrológicas y las circunstancias en las cuales podemos ver a través de la dualidad, para experimentar la vida en su totalidad, en su síntesis.

Claramente, hay mucho para reflexionar en nuestra exploración de la dualidad – reconociendo que al hacerlo, mientras pensamos reflexionamos sobre este tema, estamos considerando una dinámica fundamental de nuestra propia naturaleza y reflexionando sobre la relación entre el alma y la personalidad, en su sentido universal y en la forma íntima en la que lo universal se nos presenta, la dualidad de nuestro propio sentido del yo.

La nota clave de Géminis que usaremos en nuestra meditación *“Reconozco a mi otro yo y en la declinación de ese yo, crezco y resplandezco”*, nos invita a contemplar esta dualidad de alma y personalidad a través de los ojos del alma. El ‘yo’ del que habla la nota clave es el ‘yo’ del alma, y cuando meditamos estamos invitados a pensar desde este punto de vista del alma – reconociendo que, a medida que la luz de la personalidad se debilita y pierde su fuerte sentido de la separación de la vida, también el alma en su propio plano crece y resplandece.

Con mucha frecuencia nos fijamos en algunos grandes temas como el de la dualidad en términos críticos – la dualidad es mala, la síntesis es buena–. Esto es lo que la dualidad hace: es la naturaleza de la mente dualista. Desde la perspectiva del alma, todo lo que está ocurriendo es, simplemente, el Trabajo y la actuación del Plan. El alma decide entrar en una mente y un corazón que habita en la separación. Durante muchas vidas, el vehículo del alma en el mundo ha estado identificado con la separación, incluso percibe el alma a través del lente del yo separado (como juez, como ídolo, como un sueño lejano). Y todo esto es necesario para que la mente y el corazón humanos vean finalmente que el sentido de la separación, en realidad, es un velo, una distorsión de lo Real. Y luego, en un hermoso y mágico giro de la rueda, el ser humano completamente encarnado busca maneras de entrar libremente en la corriente de absorción en el Trabajo mismo. Después de girar, no importa nada más que el proceso de ser un servidor al bien de la totalidad, a menudo de maneras pequeñas, humanas y simples.

La dualidad es un velo que debe ser rasgado. Géminis, como uno de los brazos de la Cruz Mutable, proporciona todas las circunstancias, las crisis, los acontecimientos que, en definitiva, nos llevan a ver más allá del velo, a ver con claridad, a ver como cuando el velo ha sido rasgado. Entonces, sin perder nuestra sensación distintiva del yo, podemos ver la personalidad y el alma como un todo integrado y la dualidad se disuelve en la síntesis. Para que el sentido de síntesis se arraigue en el mundo del tiempo y el espacio, la dualidad debe ser transformada.

Vamos a centrar nuestra atención en la especie humana en su conjunto y en la llamada que se eleva incesantemente desde el espíritu humano a la divinidad. Esta llamada, esta invocación, generalmente es inconsciente. El reconocimiento de la realidad de un reino interno de verdad, de belleza y bondad, la viviente y vital voz de la conciencia, como algo diferente del reino más incierto y complicado de aquello que consideramos como nuestra identidad humana, está integrada en el ADN de nuestra conciencia. De forma natural, anhelamos tener la capacidad de amar, de experimentar la belleza, de estar en paz con nosotros mismos y con los demás, y de vivir en un mundo que esté en paz. Esta es la esencia de la invocación que se eleva incesantemente desde los seres humanos; también está profundamente incrustada en todas las grandes cuestiones que enfrentamos: ¿cómo vamos a actuar dada nuestra visión recién descubierta de la integridad y la unidad de la vida? ¿Cómo vamos a regular la vida económica y política para que sean adecuadas frente las crecientes crisis del cambio climático, la desigualdad entre ricos y pobres y las tensiones creadas por los movimientos violentos separativos? Debemos regular nuestra vida de acuerdo con lo mejor de nuestra naturaleza – todo

nos dice que debemos seguir la voz de nuestra conciencia – pero parece que nos falta la medida de voluntad y visión necesarias para hacerlo, y por eso clamamos, como una familia humana, a las fuerzas en el centro de nuestro ser – las fuerzas de la Luz, de Amor y de Poder Espiritual – para que desciendan a la Tierra, acudan en nuestra ayuda y nos guíen en nuestras acciones; para que arrojen luz sobre nuestras responsabilidades y nos llenen con las energías de la voluntad dinámica necesaria para que la gente de buena voluntad asuma la dirección de los asuntos humanos.

Hoy, en el Día Mundial de Invocación, un día en el que, se nos dice, el Cristo Mismo junto con la Jerarquía reunida, pronuncian La Gran Invocación, nuestro trabajo de meditación consiste en absorber la invocación inexpressada que emerge desde el corazón de la humanidad, y llevarla a un foco de comprensión concentrada. Que en el silencio de nuestros pensamientos, cada uno de nosotros construya una comprensión clara y auténtica de la necesidad de la humanidad por Luz, Amor y Propósito, en este momento de nuestra historia. Y, luego, al pronunciar La Gran Invocación, enviemos esta invocación como una flecha directamente a la Mente y al Corazón de Dios y al centro donde la Voluntad de Dios es conocida. Parte de la belleza y la fuerza de La Gran Invocación es que reúne el sencillo clamor de la humanidad (el clamor de los pobres de espíritu, de los humildes, de los que lloran) con el clamor más específico de aquellos que han percibido algo de la visión de totalidad y que sueñan con servir a esa visión (el clamor de quienes tienen hambre y sed de justicia) con el potente clamor de quienes están trabajando activamente para construir lo nuevo (el grito de los pacíficos y de los que son perseguidos a causa de la justicia) – La Gran Invocación combina todos estos clamores invocadores que surgen desde el reino humano, con la súplica concentrada que emite la comunidad esotérica del mundo (los puros de corazón – los verdaderos esoteristas). La Gran Invocación es como un talismán que contiene y combina todos estos diversos matices de invocación con la invocación que fluye incesantemente desde el Ashrama; verdaderamente actúa como un puente entre los mundos – todo con la finalidad de restaurar el Plan en la Tierra y el pleno retorno del Cristo, de Aquel que viene y de Quien se dice, en todas las tradiciones religiosas y espirituales, que ha guiado a los pueblos del mundo en su viaje a través de la historia.